

ÓSCAR
HERRADÓN
LIBROS
MALDITOS

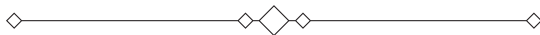


UN VIAJE
POR EL LADO OSCURO
DEL CONOCIMIENTO

Luciérnaga

ÓSCAR HERRADÓN

LIBROS MALDITOS



UN VIAJE POR EL LADO OSCURO
DEL CONOCIMIENTO



Ediciones
Luciérnaga

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del texto: Óscar Herradón Amcal, 2024.

© de la foto de cubierta: Shutterstock

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: enero de 2025

© Edicions 62, S.A., 2025

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-19996-07-7

Depósito legal: B. 15.056-2024

Impreso en España – *Printed in Spain*



SUMARIO

<i>Exordio diabólico</i>	9
Capítulo 1. Libros legendarios	13
Capítulo 2. Biblioclastia. El afán por destruir libros	19
Capítulo 3. Los índices de libros prohibidos (<i>Index librorum prohibitorum</i>)	35
Capítulo 4. La biblioteca hermética de El Escorial	43
Capítulo 5. Grimorios: libros de hechizos y magia medieval	51
Capítulo 6. «Martillos de brujas»: tratados que cosecharon odio y muerte	65
Capítulo 7. Tratados antisupersticiosos y escritos de Magia Natural	111
Capítulo 8. Alquimia. La ciencia dorada	125
Capítulo 9. Los demonios del Siglo de Oro	157
Capítulo 10. Los textos cristianos «malditos»	169
Capítulo 11. Los últimos malditos	209
Capítulo 12. El poder de la censura y la estigmatización. La «maldición» continúa en la actualidad	243
<i>Bibliografía</i>	261

CAPÍTULO 1

LIBROS LEGENDARIOS

El *Libro de Thot* y la sabiduría milenaria del Antiguo Egipto

De entre todas las civilizaciones de la Antigüedad, si hay una que merece el calificativo de enigmática como ninguna otra, esta es, sin duda, el Antiguo Egipto. Momias legendarias, construcciones colosales, maldiciones, extraños pasadizos en las entrañas de unas pirámides orientadas hacia las estrellas... El país del Nilo es un cúmulo de secretos que perduran, como el primer día, con el paso de los siglos.

Y uno de los secretos mejor guardados de esta civilización ancestral y fabulosa es, sin duda, la supuesta existencia del conocido como *Libro de Thot*. Considerado un compendio de la sabiduría del universo, ostenta el título de primer libro maldito de la historia. El misterioso texto fue atribuido al dios egipcio Thot. Creador de la desconocida ciudad de Hermópolis —de la que solo hay referencias en algunos textos ancestrales—, esta divinidad representada generalmente con cabeza de Ibis o de babuino e instrumentos de escriba en las manos era la encargada, según la mitología, de medir el tiempo y regir los cielos. A él se le atribuye la creación del primer calendario —su nombre fue utilizado para designar el primer mes del año— y el control de las crecidas del Nilo, además de ser el dios que representaba los poderes mentales de Ra.

Sin embargo, de entre todos los rasgos que se le atribuyen, nos interesa sobremanera que fuera considerado creador de la escritura. Patrón de los escribas, de las artes y de las ciencias, fue el inventor

de las palabras y, según algunas leyendas, se dice que codificó las ceremonias que llevaban a los muertos a transformarse en espíritus, a cuyo conocimiento solo podían tener acceso los sacerdotes. Su enorme poder sobre el lenguaje escrito hacía que estuviese al corriente de enigmáticas fórmulas mágicas capaces, incluso, de revivir a los muertos. Si damos rienda suelta a la imaginación, ¿serían estas fórmulas las que guardaba celosamente el misterioso papiro?

El Libro de Thot se componía de signos y jeroglíficos que, en forma de clave, ocultaban la sabiduría del dios, cuyo enorme poder se encontraba solo al alcance de unos pocos elegidos. Fue el francés Antoine Court de Gébelin¹ quien propugnó en el siglo XVIII que en dicho libro se hallaba el origen del tarot, y que sus páginas contenían una relación de los arcanos mayores. Según el ocultista, los sacerdotes habrían guardado celosamente a lo largo de los siglos la sabiduría ancestral de la poderosa deidad egipcia que contribuyó junto a Anubis (el dios chacal que pesa las almas de los muertos), a devolver la vida a Osiris tras unir de nuevo las partes de su cuerpo desmembradas y diseminadas por su hermano Seth, a través de esta forma de adivinación del futuro.

¿Qué provocó que una civilización casi anclada en la Edad de Piedra pudiera alzarse con tal poder y realizar construcciones, como las pirámides, que hoy en día constituyen un verdadero enigma para los científicos? Para algunos, todo aquel conocimiento avanzado a su tiempo y que desafía los estándares académicos se hallaría contenido en el famoso y esquivo *Libro de Thot*. Quién sabe. No en vano, hay quien atribuye a este dios un origen atlante, terreno algo pantanoso por el que es preferible no adentrarnos.

Si el famoso papiro —material que serviría de soporte al texto— existió o no es algo que se han preguntado desde hace siglos estudiosos de lo más variopinto. Unos más serios que otros, todo hay que decirlo. La primera referencia al libro aparece en el conocido como *Papiro de Turis*, publicado en París a finales del siglo XVIII,

1. Clérigo y lingüista francés del siglo XVIII especializado en la historia del tarot. Reputado masón y gran aficionado al ocultismo, perteneció a la logia de los Philalèthes y confeccionó una monumental obra en nueve volúmenes titulada *Monde Primitif*.

donde se describe el intento de asesinato de un faraón a través de la invocación de fórmulas mágicas extraídas del misterioso manuscrito. Dicho faraón, que tuvo conocimiento de la conspiración, mandó quemar el codiciado texto y junto a él a las personas, posiblemente sacerdotes, involucradas en una conspiración de tales dimensiones. Así se habría perdido su rastro para la posteridad.

Pero esta historia se contradice con la expuesta en la llamada estela Metternich, hallada en 1828 y datada en el siglo IV a. C., según la cual, y por boca del mismísimo Thot, se asegura que el dios de los escribas destruyó personalmente el libro tras expulsar de la Tierra al citado Seth. Según las crónicas, en el año 360 a. C. el texto fue definitivamente destruido, aunque volvió a aparecer poco después a través de la sabiduría griega, esta vez bajo la apariencia de Hermes Trismegisto, nombre que dieron a Thot en la cultura helenística. Así, el *Corpus Hermeticum* —conjunto de libros de magia y alquimia atribuidos a Hermes— no sería sino una versión más moderna de los antiguos saberes de Thot.

El caso es que el libro, si fue destruido, reapareció misteriosamente, pues las referencias a su existencia han sido constantes, sobre todo a lo largo de la Edad Media. Poseer el *Libro de Thot* suponía hacerse con poderes inimaginables que convertirían al dueño del mismo en un ser todopoderoso. Esta tentadora ambición llevó a muchos magos y ocultistas de diversas épocas a afirmar que lo poseían; el mismo Court de Gébelin aseguraba haber tenido entre sus manos parte del texto egipcio original, aunque si hemos de creer el mito, aquellos que lo tuvieron en su poder acabaron sus días con más pena que gloria.

Para el investigador galo Jacques Bergier,² varias veces citado en este apartado y al que el academicismo no duda en tildar de pseudohistoriador, a veces con razones de peso, el *Libro de Thot* debió de ser un papiro antiquísimo, copiado en secreto reiteradamente y con unos 10.000 o 20.000 años de antigüedad. Es probable que incluso fuera guardado durante un tiempo, como el más velado de los secretos, en la antigua Biblioteca de Alejandría. Sus páginas contendrían el secreto de un poder ilimitado que permitiría,

2. Bergier, Jacques, *Los libros condenados*, Barcelona, Plaza & Janés, 1975.

entre muchas otras cosas, revivir a los muertos, comunicarse con los animales y la facultad de modificar cosas y acontecimientos a distancia. Un poder similar se atribuiría de nuevo a otro «texto maldito», las llamadas *Clavículas de Salomón*.

Las leyendas sobre escritos malditos que albergaban profundos conocimientos han sido una constante en la historia del hombre, e incluso el mismísimo Lovecraft se basó en este supuesto para dar forma al libro maldito moderno por excelencia —y este sí, ficticio—, el *Necronomicón*.

El conocimiento secreto del rey Salomón

Junto al citado *Libro de Thot*, uno de los manuscritos más enigmáticos de la historia de la humanidad es aquel conocido como *Clavículas de Salomón*. Este monarca fue, según el Antiguo Testamento, hijo del rey David y de Betsabé, y constructor del mítico templo de Jerusalén, de cuyos restos en la actualidad solo queda el Muro de las Lamentaciones, lugar sagrado y de culto de la religión hebrea y hoy un polvorín bélico. Dicho templo, auspiciado por su padre, se dice que fue erigido en honor a Jehová para albergar en su sancta-sanctórum el Arca de la Alianza, un objeto de poderes indescriptibles —que según las Escrituras provocó que se derrumbaran los muros de Jericó, los más sólidos del mundo antiguo— y que sería codiciado por importantes personajes a lo largo de los siglos, incluido el mismo Heinrich Himmler, líder de las SS y de la Gestapo y uno de los nazis más sanguinarios del Tercer Reich. Conocido como un rey sabio y amante de la literatura, Salomón fue el garante de una sabiduría divina desconocida que le habría confiado su progenitor, el rey David, quien le entregó todos los secretos de la cábala.

Se creía que esta doctrina esotérica judía otorgaba a los iniciados la capacidad para controlar todos los secretos de la naturaleza, por lo que el rey hebreo era consciente de los peligros que entrañaba dicho poder si caía en manos inadecuadas. Para evitarlo, Salomón ocultó sus conocimientos en las páginas de su testamento, a las que se dio el nombre de *Clavículas de Salomón* que, desde entonces, han sido una de las obras más perseguidas de la historia. La palabra

clavícula hacía referencia a «pequeñas llaves» que contendrían el secreto mejor guardado de la humanidad. El texto original parece ser que mostraba en su portada dos columnas que simbolizaban la entrada al templo de Jehová. La enorme relevancia atribuida al contenido de dichas clavículas podemos resumirla en una cita atribuida al cronista bizantino Nicetas Choniates, quien llegó a escribir que «aquel que posea el testamento de Salomón se convertirá en el hombre más poderoso sobre la faz de la Tierra».

Al igual que ocurrió con el *Libro de Thot* y todos aquellos textos considerados malditos, guardianes de un conocimiento arcano, divino o maléfico, las *Clavículas de Salomón* —falsas, claro— pasaron a formar parte de las colecciones privadas de magos —el mismo Salomón es considerado el primer mago de la historia—, charlatanes y estudiosos varios que afirmaban poseer el enigmático testamento. Muchos de ellos se entregaron a la deleitable y costosa labor de escribir textos de su puño y letra, con absurdas e irrelevantes fórmulas mágicas a las que pusieron el título de la codiciada obra del rey judío.

Esta es la razón por la que cualquiera de nosotros puede encontrar un ejemplar de estas *Clavículas de Salomón* en cualquier librería de barrio (al menos hasta que estas dejen de existir, pues por desgracia no parece que reste mucho para ello), en una suerte de grimorios o libros mágicos, algunos de ellos, es de reseñar, fascinantes y de los que nos ocuparemos más detenidamente en otro capítulo de este libro dedicado a los grimorios. No parecen ser, sin embargo, más que burdas falsificaciones medievales.

Existió, no obstante, una copia que pudo ser auténtica —quién sabe, soñar es libre— y que habría permanecido oculta en la biblioteca de algún monarca u hombre poderoso y que poseyó en su día el célebre ocultista francés Eliphas Lévi, quien llegó a ser jefe supremo de los adeptos y magos en Europa en 1856 y jefe del Gran Domo de Europa, y que tuvo un ejemplar de las *Clavículas* o *Ritual de Alta Magia* que parece ser que pasó más tarde a manos del también ocultista y poeta francés Stanislas de Guaita, conocido en su tiempo como el Príncipe de la Rosa Cruz. Por desgracia para los amantes del saber prohibido, el destino final del texto fue una subasta realizada en 1968 en el hotel Drouot de la Ciudad de la Luz. Hasta el

momento, la identidad del comprador, quien supuestamente pagó una verdadera fortuna por el codiciado ejemplar, es tan enigmática como el mismo libro.

En su *Histoire de la Magie*, Lévi se refiere al misterioso libro con las siguientes palabras:

Las tradiciones populares decían que el poseedor de las *Clavículas de Salomón* puede conversar con los espíritus de todos los órdenes. Pues estas *Clavículas*, varias veces perdidas y otras tantas recobradas, no son otra cosa que los talismanes de los setenta y dos nombres y los misterios de las treinta y dos vías que el tarot reproduce jeroglíficamente. Con el auxilio de estos signos y por medio de sus combinaciones infinitas, se puede efectivamente llegar a la revelación natural y matemática de todos los secretos de la naturaleza y, en consecuencia, entrar en comunicación con la jerarquía completa de las inteligencias y de los genios.

El propio *Libro de los muertos*, hoy reeditado en múltiples formatos, fue concebido por los antiguos egipcios como un libro mágico, nada extraño en una civilización para la que lo sobrenatural y el más allá formaban parte, como para los mesopotámicos, de la vida cotidiana. El *Libro de los muertos*, como compilación de hechizos y encantamientos, servía para guiar al difunto en el más allá. Según los expertos, los antiguos egipcios desarrollaron el texto jeroglífico para abordar la ansiedad mortal de la humanidad; por ello, pensaban que el texto estaba imbuido de poder mágico, y cuando dicho poder mágico se combinaba con los rituales funerarios apropiados, cada individuo podía convertirse en un dios inmortal en el más allá y asumir la identidad de Osiris, dios de los muertos.

CAPÍTULO 2

BIBLIOCLASTIA. EL AFÁN POR DESTRUIR LIBROS

No todos los libros de la Antigüedad merecieron el calificativo de malditos por contener entre sus páginas misteriosos conocimientos capaces de otorgar una fuerza sobrenatural a su poseedor o textos que recogen los grandes secretos de una civilización en particular; la gran mayoría de los libros condenados lo fueron por ser perseguidos con saña hasta su destrucción, bajo el nefasto influjo de ciertos individuos sin escrúpulos que se hicieron notar casi desde el mismo momento en que el asombroso arte de la escritura inició su fascinante periplo.

La historia del hombre ha visto cómo eran destruidos millones de textos de la mano de no pocos personajes, que Fernando Báez, miembro de la Unesco y autor de un maravilloso ensayo sobre el tema titulado *Historia universal de la destrucción de libros*, denomina «biblioclastas», esto es, amantes de la destrucción de escritos y bibliotecas.

Según los historiadores y expertos en la materia, el primer biblioclasta en masa fue el emperador chino Shi Huangdi, apodado el Destructor, famoso por iniciar la construcción de la Gran Muralla y por ordenar su entierro en una monumental tumba en la ciudad-prefectura de Xianyang, en la provincia de Shaanxi, custodiada por un ejército de miles de soldados de terracota en los que trabajaron unos 700.000 hombres durante casi cuarenta años, uno de los yacimientos arqueológicos más sorprendentes, y a día de hoy rodeados de secretos y fuertes medidas de seguridad por parte del Gobierno chino. Gran guerrero y mejor conquistador, en el año 215 a. C. Huangdi, después de reducir numerosos feudos y arrasarse cientos de territo-

rios asesinando a sus administradores, logró edificar uno de los imperios más colosales de Oriente.

El Destructor mandó crear una gran biblioteca —generalmente y, aunque parezca una contradicción, los destructores de libros sintieron especial interés por diversos campos del saber— en la que promovió los textos favorables a su régimen, confiscando el resto de los escritos. Sus soldados recorrían casa por casa recogiendo todos los textos que encontraban a su paso; tras las incómodas visitas, encendían grandes piras y los quemaban ante los ojos atónitos de sus poseedores. Si alguien cometía la osadía de ocultar un libro y era descubierto, lo enviaban a trabajar en la construcción de la Gran Muralla, empresa realmente temida, pues fallecieron en ella miles de hombres.

Muchas personas fueron torturadas, algunas asesinadas por desafiar al régimen censor, y cientos de textos destruidos, entre ellos, los que promulgaban las enseñanzas de Confucio, dogma que Shi Huangdi odiaba con especial inquina. Curiosamente, la biblioteca edificada por el primer biblioclasta —al menos registrado— de la historia desapareció en el año 206 a. C., tras la guerra civil que asoló el país. El emperador, que no pudo evitar aquello, supo entonces lo que significaba perder los libros entre las llamas.

Parece que también el Imperio mongol fue proclive a la destrucción de los textos de sus opositores. Cuando el temido Gengis Khan atacó con sus tropas la mezquita de Bujana, algunos cofres llenos de libros y de manuscritos sagrados fueron conducidos al patio y eliminados. Según la crónica de lo sucedido, los cofres, celosos guardianes de la sabiduría de todo un pueblo, fueron utilizados como pesebres en las caballerizas.

Años después, Hulagu Khan, descendiente de aquel, realizó una acción similar a la de su antepasado en la ciudad de Bagdad, que volvería a sufrir el azote de la intolerancia y el expolio cultural en 2003, durante la segunda guerra de Irak. Cuando Hulagu Khan arrasó este territorio, corría el año 1257. Poco más de cien años después, en 1393, Tamerlán asoló Siria, eliminando todos los libros de sus enemigos. Casos similares en la Antigüedad pueden contarse por cientos.

Bibliotecas en llamas

Desde tiempos inmemoriales, el amor al saber de algunos estuvo inexorablemente ligado al afán de otros por destruir todo aquello que suponía un avance del pensamiento. No solo el libro, de forma aislada, como en la China de Shi Huangdi, fue destruido. El hogar por excelencia de este soporte, la biblioteca, no ha corrido mejor suerte que los escritos que cobijó durante milenios entre sus paredes, propensas a ser reducidas a escombros por las tristes acciones de la intolerancia humana.

Cientos de bibliotecas históricas fueron pasto de las llamas y con ellas se perdió toda su inmensa riqueza cultural, centros de los que solo tenemos referencia a través de las citas o relatos de antiguos historiadores, escritores o cronistas; algunas de ellas merecen el calificativo de «malditas», pues entre sus paredes supuestamente se escondía todo el saber prohibido de la Antigüedad, aunque su maldición descansaría precisamente en la debilidad de sus muros. Fue el caso de bibliotecas legendarias como la de Alejandría o la de Pérgamo, contemporánea de la primera, que, aunque casi con seguridad no dieron cabida a libro alguno con poderes sobrenaturales, fruto de la leyenda, fueron, sin duda, un vasto almacén de sabiduría cuya pérdida supuso un retroceso de siglos en el avance de la ciencia y el pensamiento del hombre. Veamos algunas de las más significativas.

Alejandría, cuna del saber en la Antigüedad

En el año 306 a. C. subió al poder Ptolomeo¹ I Sóter en Alejandría (Egipto). Fue la misma época en la que un griego brillante y de gran erudición, de nombre Demetrio de Falero, arribó a la mítica ciudad procedente de Tebas, tras un largo exilio que le había obligado a abandonar Atenas. Ambos personajes trabaron una profunda amistad y el monarca, aconsejado por Falero, procedió a la

1. Ptolomeo I (366-282 a. C.) fue un noble macedonio, uno de los reyes sucesores de Alejandro Magno. Fue rey de Egipto y fundador de la dinastía ptolemaica.

construcción de un edificio consagrado a las musas y al que dio el nombre de museo que, poco tiempo después, contó con una enorme biblioteca. Fue el germen del gran centro del saber del mundo antiguo.

Según narra la *Carta de Aristeas a Filócrates*, fechada en el siglo II a. C., Demetrio recibió grandes sumas de dinero del rey «para adquirir, de ser posible, todos los libros del mundo». De esta forma, la biblioteca más importante de la Antigüedad fue reuniendo un inmenso catálogo de libros de las más variadas temáticas. Falero, uno de los hombres más brillantes de su tiempo, profundamente preocupado por el saber, se embarcó en la ardua tarea de traducir al griego todos los textos judíos del Antiguo Testamento. Para ello, contó con un grupo de traductores hebreos procedentes del barrio judío de Alejandría, a instancias de Ptolomeo I y el sumo sacerdote Eleazar. Durante setenta y dos días se tradujeron las Sagradas Escrituras en su totalidad.²

El maestro Demetrio intentó abarcar el mayor abanico posible del saber humano. Por ley, todos los viajeros que pasaban por Alejandría debían donar una obra a la biblioteca del museo, cuya descripción únicamente se conserva en un antiguo documento de dudosa autenticidad. Parece ser que el museo formaba parte de los palacios de la realeza y contaba con un paseo, una gran casa donde se situaba el refectorio y largos pasillos en cuyas paredes se colocaron fantásticas obras pictóricas. Como curiosidad, el museo contaba con un zoológico y un jardín botánico que albergaban los más raros animales y las más extrañas plantas del mundo. La biblioteca era el edificio más admirado; en un principio utilizada únicamente como sala de consulta, contó con diversas ampliaciones, entre las que se encontraba la conocida como biblioteca del Serapeum, templo edificado en honor de Serapis y que estaba situado a pocos metros del edificio del museo —de esta forma parece ser que la famosa biblioteca de Alejandría estaba dividida en dos—. Al parecer, las paredes del Serapeum daban cobijo a iluminados que pernoctaban en el recinto, consultando los libros en busca de algún

2. Báez, Fernando, *Historia universal de la destrucción de libros. De las tablas sumerias a la guerra de Irak*, Barcelona, Ediciones Destino, 2004.

tipo de revelación. Bergier, por su parte, afirma que la biblioteca de Alejandría contaba con diez grandes salas y varias cámaras aisladas para estudiosos.

A pesar de su impresionante labor, Falero no consiguió el puesto que tanto anhelaba de director de la biblioteca. Años después de haberse convertido en uno de los personajes más relevantes de la sociedad alejandrina, el erudito cayó en desgracia cuando el sucesor de su amigo el monarca, Ptolomeo II Filadelfo, lo expulsó de la ciudad sin miramientos. Parece ser que hacia el año 285 a. C., en el Bajo Egipto, Falero murió tras ser mordido por un áspid, la famosa serpiente que también acabaría con la vida de la reina Cleopatra años después. Con la muerte de aquel amante del saber perdía la historia una de sus mentes más preclaras y uno de los primeros y más importantes impulsores del conocimiento. Nadie sabe cómo llegó la serpiente a morderle: se habla de casualidad, suicidio y asesinato. Quién sabe.

El primer director de la biblioteca fue Zenódoto de Éfeso (325-260 a. C.), quien fue sucedido más tarde por Apolonio de Rodas y este a su vez por el enigmático Eratóstenes, en tiempos de Ptolomeo III Evergetés. Son figuras apasionantes de las que la historia, por desgracia, nos ha legado muy poca información. Eratóstenes fue un hombre profundamente sabio y adelantado a su tiempo. Una vez convertido en director del centro, emprendió profundos estudios en los que combinaba la investigación científica con el análisis literario.

Uno de sus más misteriosos y afamados descubrimientos fue la medición de la circunferencia de la Tierra, que estimó en 252.000 estadios —unos 39.690 kilómetros—. En pleno siglo xx, las más exactas mediciones de la circunferencia terrestre, gracias a la intercesión de satélites y potentes computadoras, está en 40.067,96 kilómetros. Erró, no obstante, en varias cuestiones, lo que no es de extrañar teniendo en cuenta lo arcaico de sus instrumentos de medición: supuso que la Tierra era perfectamente esférica, y que Siena y Alejandría se encontraban situadas sobre un mismo meridiano, lo que no es cierto, y puede estar detrás de sus errores de precisión.

No se le puede negar, sin embargo, una gran contribución al conocimiento de la geografía terrestre. Paradójicamente, el dogma ortodoxo cristiano y su visión del mundo convertirían a la Tierra en

una extensión en planicie a lo largo de muchos (y a veces no tan oscuros) siglos medievales. Los primeros que se atrevieron a afirmar otra concepción de la misma, redonda, girando alrededor del sol, como Copérnico o Galileo, fueron acusados de herejes, algunos de ellos quemados (como Giordano Bruno, en Campo dei Fiori, en Roma). Sorprendentemente, un hombre que vivió muchos siglos antes del Renacimiento ya conocía el verdadero aspecto de nuestro planeta. ¿Qué extraños conocimientos se perdieron entre las llamas en Alejandría? ¿Cómo logró un hombre del siglo II a. C., con los rudimentarios utensilios de los que se supone disponía en tiempos tan lejanos, ajustarse tanto a la longitud real de dicha circunferencia? ¿Pudo haber utilizado oscuras artes mágicas para lograrlo...? ¿Quizá algún libro de la enigmática biblioteca? No parece muy posible, pues suena a argumento de una saga de fantasía y magia, pero no deja de resultar inquietante que grandes avances del conocimiento se perdieran en la noche de los tiempos.

La historia de la biblioteca de Alejandría está irremediablemente ligada a los intentos por destruirla, en una interminable sucesión de ataques contra sus pilares y sus libros. Al parecer, la primera destrucción del mítico edificio data del año 48 a. C., cuando el más grande de los emperadores romanos, Julio César, se inclinó a favor de Cleopatra en la lucha por el trono de Egipto. Cuando la flota egipcia fue reducida a cenizas en el puerto de Alejandría, según el testimonio de Dión Casio recuperado por Báez, se destruyeron unos depósitos de libros que esperaban su entrada en el centro. Al parecer, ardieron 40.000 rollos de pergamino, aunque esta cifra no ha podido ser demostrada. ¿Pretendía César, un hombre de una altura intelectual que nos brindó obras como *La Guerra de las Galias*, acabar con tanta cantidad de saber? Todo es posible, pues a lo largo de la historia no pocos hombres de insigne sabiduría, incluidos autores, demostraron también una fuerte tendencia biblioclata; es el caso del mismo filósofo griego Platón, al que se atribuyen notables arrebatos de destrucción y quema de escritos.

Parece ser que siglos después fueron los cristianos, cuyo papel de perseguidos a perseguidores los convertiría en voraces biblioclastas,

quienes quemaron el mítico edificio. Comandados por Teófilo,³ atacaron el Serapeum en el año 389 y la biblioteca dos años después, según algunos historiadores, aunque tampoco está claro. Las crónicas recogen que, al concluir el saqueo, las muchedumbres enfurecidas de cristianos demolieron las paredes, destruyeron los iconos paganos y llenaron el templo de cruces. Se sabe que Teófilo mandó destruir el Serapeum, pero no hay consenso entre los historiadores sobre quién ordenó la quema de libros; algunos atribuyen la biblioclastia a los mismos cristianos comandados por aquel, aunque no está demostrado. Otros apuntan a una destrucción por hordas musulmanas. En la actualidad, no obstante, la tesis de la destrucción árabe de la mítica biblioteca ha perdido fuerza, desviando de nuevo la atención hacia los romanos, que habrían llevado a cabo diversas incursiones en la legendaria ciudad arrasando por completo la biblioteca y el museo.

Existen aún más hipótesis sobre la misteriosa desaparición del mayor registro de libros de la Antigüedad: pudo deberse, entre otras cosas, a los efectos de un terremoto e incluso a la negligencia de aquellos encargados de velar por su seguridad.

A la acción de los cristianos se debe también uno de los episodios más significativos de ataque al conocimiento, relacionado con la mítica biblioteca alejandrina: el asesinato de Hipatia, calificado por algunos historiadores como «la muerte del mundo clásico», episodio recogido por Alejandro Amenábar en su película *Ágora* (2009). En el año 425 d. C., una muchedumbre de monjes cristianos enfurecidos, seguidores del obispo Cirilo de Alejandría, secuestraron a la hija del entonces bibliotecario, Teón, llamada Hipatia. La joven, de insigne hermosura según las crónicas, poseía una impresionante erudición. Al parecer, dominó con excelsa perfección las matemáticas y la astrología de su tiempo, y escribió diferentes textos, de gran complejidad, entre los que destacaba un *Comentario sobre la Aritmética de Diofanto*.

Sus amplios conocimientos siendo mujer —género obligado a ser relegado a un segundo plano en la historia del hombre— provoca-

3. Patriarca de Alejandría desde el 385. Decidido adversario de las doctrinas de Orígenes. Decretó el destierro de san Juan Crisóstomo en el sínodo llamada *ad quercum*, que presidió.

ron que dicha muchedumbre de cristianos la secuestrara, a instancias del tal Cirilo, y la condujera a la conocida como iglesia de Cesareo, donde acabaron con su vida de forma brutal: tras golpearla reiteradamente con unas tejas, le arrancaron los ojos y la lengua hasta que murió desangrada. Una vez tendida en el suelo, mutilada y sin vida, trasladaron el cuerpo a Cirano, donde lo despedazaron: le arrancaron los órganos, la deshuesaron y finalmente quemaron sus restos.

Con la muerte de Hipatia no se asesinó solo a una mujer sino todo lo que ella representaba: la sabiduría, la independencia respecto al hombre y la libertad que ofrece el conocimiento. Siglos después, la persecución, la tortura y el asesinato se convertirían en habituales bajo la oscura sombra proyectada por el cristianismo (católico y principalmente protestante).

No se sabe con certeza cuántas obras guardaba celosamente la mítica Biblioteca de Alejandría. La *Carta de Aristeas* señala que sus gruesas paredes albergaban 20.000 rollos de pergamino, mientras que los historiadores Aulo Gelio y Amiano Marcelino hablaron de unos 700.000. A su vez, otros señalaron cifras diferentes. Nunca sabremos con certeza qué contenía dicha biblioteca y qué se perdió por completo entre sus ruinas.

En la biblioteca se encontraba un impresionante archivo que contenía libros escritos en griego, una inmensa colección que contenía toda la literatura griega clásica que no ha llegado hasta nosotros. Junto a textos de gran importancia histórico-literaria como aquellos, el desbordante de imaginación Jacques Bergier⁴ señala que en la destrucción del edificio se perdieron libros secretos que ofrecían al que los leía un poder ilimitado; además de un gran número de textos sobre ocultismo, magia y extrañas fuerzas sobrenaturales. El griego Demetrio de Falero, el fundador de la mítica biblioteca junto a Ptolomeo I, escribió, durante el tiempo que estuvo en Tebas, varias obras, entre las que destaca *Sobre el haz de luz en el cielo*, según algunos, el primer libro de la historia sobre el fenómeno ovni que quizá fuera —de existir— guardado en la biblioteca.

Ni corto ni perezoso, Bergier cita textos aún más extraños: la obra del sacerdote babilonio Beroso pudo haber sido también pro-

4. Bergier, Jacques, *op. cit.*

tegida en su momento en la biblioteca. Refugiado en Grecia, el sacerdote parece que dejó una obra, *Historia del mundo*, en la que nombra a los extraños Akpalus, unos seres extraterrestres con apariencia de peces que vivían en escafandras y supuestamente comunicaron a los hombres los primeros conocimientos científicos —explicación plausible para el extraño avance de civilizaciones como la egipcia—. Según el mismo autor, cuya obra podríamos encuadrar en el estilo de Zecharia Sitchin o el suizo Von Däniken —este último aún en activo y cuyos argumentos, en ocasiones delirantes, hay que coger con pinzas—, Beroso, sacerdote, astrólogo e historiador caldeo del siglo III a. C., inventó el cuadrante solar semicircular y formuló una teoría sobre la acción de los rayos del sol y los de la luna, antecedente de las modernas teorías sobre la interferencia de la luz.

Para Bergier, entre los muros de la gran biblioteca se hallaba igualmente la obra completa de Manethón, un sacerdote e historiador egipcio que al parecer conocía todos los secretos de la civilización de sus antepasados. Cuenta el galo que escribió personalmente ocho libros y reunió en Alejandría unos cuarenta rollos de pergamino que, al parecer, contenían todos los secretos del país de los faraones, entre ellos el contenido del esquivo y enigmático *Libro de Thot*. Hay hipótesis aún más arriesgadas, dignas del mejor escrito *sci-fi*, que aventuran que en Alejandría también se perdió la obra de un tal Mocus, un historiador fenicio que habría sido el primero en formular nada menos que... ¡la teoría atómica! Sin comentarios.

Bergier sigue con su retahíla pseudohistórica —que, no obstante, nos sirve para comprender hasta qué punto fue relevante la biblioteca de Alejandría y su conocimiento prohibido y su capacidad para hacernos soñar—, y asegura que las llamas que se avivaron en varias ocasiones en Alejandría se encendieron precisamente para acabar con textos malditos guardianes de peligrosos secretos. Entre ellos se encontrarían aquellos que explicaban el extraordinario avance científico-técnico de la civilización egipcia, un pueblo de iluminados que fue capaz de pasar, de forma inexplicable, de las inmensas limitaciones del hombre del Neolítico a un avanzado estado de conocimiento que permitió a sus habitantes construir las enigmáticas pirámides, dominar a la perfección el fascinante campo de la astrología y parte de la astronomía y erigirse como una de las civili-

zaciones más poderosas de la Antigüedad durante más de 5.000 años.

Junto a estos enigmáticos textos, entre sus archivos la biblioteca contaba, siempre según el relato de Bergier, y por tanto sin documentación fidedigna que lo atestigüe, con antiguos y fascinantes tratados de alquimia que contenían nada menos que el secreto de la transmutación de los metales bajos en oro, procedimiento al que aludiremos más adelante. Los árabes, también grandes alquimistas, atacaron ferozmente este tipo de obras cuando hicieron su incursión en la biblioteca. Al parecer, el emperador romano Diocleciano, en la ofensiva que lanzó contra Alejandría (284-305 d. C.) pretendía destruir todas las obras que revelaban la fabricación de metales porque pensaba que, si sus opositores egipcios conocían las claves de la Gran Obra, podrían erigir un gran ejército y levantarse en armas contra Roma. Como apunte, señalar que Diocleciano fue uno de los más despiadados destructores de su tiempo: no solo atacó los libros guardados en Alejandría; en el año 305 de nuestra era firmó su último decreto, en el que ordenaba la aniquilación total del cristianismo. En este caso, su fracaso fue evidentemente mayor que su cruzada contra los textos alquímicos.

La biblioteca más famosa de todos los tiempos fue, por tanto, objeto de la ira y el miedo de muchos poderosos, y no precisamente durante pocos siglos. Su intolerancia —más que el poder sobrenatural de un manuscrito compuesto por extraterrestres en tiempos antediluvianos— acabó con el mayor centro de información y saber del mundo antiguo, sumiendo al hombre en un importante retraso cultural que duraría siglos. Nunca sabremos en qué habría cambiado el devenir y el destino del hombre de no haber destruido aquellos registros del saber del pasado. Que cada uno divague lo que guste. Soñar es gratis.

Pérgamo, a la sombra de Alejandría

Bibliotecas de menor importancia histórica que la de Alejandría, que ostenta el primer puesto, pero igualmente vitales para la conservación del saber humano, fueron destruidas en los más diversos lugares desde tiempos remotos, tras sufrir incursiones, batallas, terre-

motos, incendios y un largo etcétera de desgracias. El segundo puesto en la Antigüedad, tras la fundada por Demetrio de Falero, lo ocupó la llamada Biblioteca de Pérgamo, que llegó a ser incluso rival de la alejandrina. Según cuenta Estrabón, fue fundada en el siglo II a. C. por el rey Eumenes para desafiar a los soberanos de Alejandría, orgullosos, y no sin motivo, de poseer la mejor biblioteca del mundo.

Ante la negativa de Ptolomeo IV de exportar papiro a Pérgamo con el fin de evitar su éxito en dicho campo, Eumenes y sus bibliotecarios tuvieron que recurrir al pergamino, lo que supuso un gran avance respecto al soporte anterior por su mayor flexibilidad y su resistencia a la acción devastadora del paso del tiempo. Se cree que en pocos años el citado monarca llegó a reunir 200.000 o 300.000 volúmenes, una cifra realmente impresionante para aquellos tiempos en los que no existía la imprenta y la distribución de escritos dejaba mucho que desear.

Dicho centro de saber contó con dos famosos bibliotecarios, según las crónicas, Crates de Malos, con el que predominó la doctrina estoica, y Antígono de Caristo, quien realizó una gran labor como biógrafo y como historiador. Siguiendo el trabajo de Báez, el helenista Wilamowitz⁵ consideró a este personaje «un genio y advirtió en todos sus libros el afán por la amenidad y por el asombro».

Por desgracia, Pérgamo, como Alejandría, sufrió la invasión de Roma y, según el testimonio de algunos historiadores, Marco Antonio, una vez destruida la ciudad, envió como regalo a Cleopatra unos 200.000 pergaminos para su depósito en la Biblioteca de Alejandría —que, al parecer, acabó por ganar la pugna a su rival—. Si su traslado se hubiera realizado a otro lugar, es posible que hoy día todavía conservásemos sus desconocidos textos.

Otras destrucciones de libros

Mucho antes y mucho después del colapso de las bibliotecas de Alejandría y Pérgamo, se redujeron a cenizas otros centros de saber y

5. Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff (1848-1931) fue un destacado filólogo y helenista alemán con una ingente obra entre la que se cuenta el texto de referencia *La fe de los griegos*.

lugares donde se albergaban textos de gran valor para el conocimiento. En las próximas líneas veremos —solo— algunos de ellos.

También en el Antiguo Egipto hubo casos de destrucción de libros y quema de bibliotecas. El «Papiro de Ipuur» —poema preservado en 17 fragmentos de papiro y custodiado en el Museo Arqueológico de Leiden, en los Países Bajos—, un relato considerado histórico, muestra, pues no hay consenso académico, o bien la caída del Imperio antiguo de Egipto (comprendido entre el 2686 y el 2181 a. C.) o bien un lamento inspirado por el caos generado durante el Segundo periodo intermedio. Narrado por el príncipe Ipu, «partidario del viejo orden», describe en medio del caos la destrucción de numerosas bibliotecas de templos en la que puede considerarse la primera revolución social registrada de la historia de la humanidad.

Después, y sin salir del Antiguo Egipto, las luchas intestinas entre los clérigos partidarios del dios Amón y los del dios Atón provocaron la destrucción de las obras de sus adversarios. Tras ser eliminado el milenarismo culto a Amón por parte del faraón Akenatón (ca. 1353-1337 a. C.), tras su muerte acabaría recuperándose, y sus partidarios, victoriosos, borrarían con determinación de todo el país del Nilo el nombre de Akenatón, y destruyeron también los templos consagrados a él, principal valedor del culto a Atón.

Durante la destrucción de Nínive, la capital y ciudad más grande del Imperio neoasirio (hoy en Mosul, Irak), en el año 612 a. C. —asedio llevado a cabo por babilonios y medos, cuando fue arrasada hasta los cimientos—, se destruyó la biblioteca real de Asubarnipal, donde se guardaban importantes obras de la Antigüedad como la «Epopéya de Gilgamesh», «El mito de Adapa» o «El pobre de Nipur», relatos procedentes de *Las mil y una noches*. Por suerte, muchos de los restos de tablillas en escritura cuneiforme que los contenían pudieron ser recuperados milenios después y su contenido no se perdió en la noche de los tiempos; sería una gran pérdida para el conocimiento universal.

Al parecer, según Heródoto, cuando el rey persa Cambises invadió Egipto en el año 525 a. C., arrasó los templos y quemó todo registro de cultura del país del Nilo, incluidos numerosos textos en papiro y jeroglíficos, y se quedó únicamente con el oro. Hacia el año 500 a. C., el palacio del rey persa Darío I, en Persépolis —que poseía

en la llamada Fortaleza de los Espíritus los archivos reales guardados en plomo y estaño, concretamente en la Sala 33 del Tesoro—, sería destruido por sus enemigos, y únicamente se salvarían dos manuscritos de Zoroastro que, cual verdaderos soportes escritos perseguidos por la maldición, sucumbirían al fuego siglos más tarde, durante un incendio de los que asolaron la Biblioteca de Alejandría.

Otro caso tuvo lugar en el año 400 a. C., cuando el rey persa Jerjes, hijo de Darío I el Grande, saqueó en Atenas la importante colección de obras reunidas por Pisístrato, gobernador de la capital helena en el siglo vi a. C.

En Roma, ya en el siglo vi, concretamente en el año 590, el papa Gregorio I, conocido como «el cónsul de Dios», mandó quemar numerosos libros de autores clásicos griegos y latinos que se conservaban en la biblioteca de los papas de Letrán, entre ellos, ejemplares de Tito Livio y Cicerón, porque, según el pontífice, «los jóvenes prefieren esas lecturas al Antiguo Testamento».

Unas décadas después, en el año 633, tras la islamización de Egipto, los Libros de la Sabiduría conservados en los Tesoros Reales, en El Cairo, fueron cuestionados por los califas, que ordenaron destruir aquellos que contradecían las enseñanzas del Corán, usándolos como combustible en una gran pira que anunciaba, muchos siglos antes, las que realizarían los nazis tras su llegada al poder en la Alemania de los años treinta. También en El Cairo, en el siglo xi, el príncipe fatimí Abu al-Wafa' al-Mubashshir ibn Fatik, del cuarto califato islámico, el único chií de la historia —que era un gran poeta, filósofo y erudito versado en matemáticas, astronomía, lógica y medicina—, poseía una fabulosa biblioteca, una de las cuatro más admirables de la capital egipcia, en la que reunió una colección asombrosa de obras. A su muerte, su esposa, abatida por la pena, se desahogó arrasando la biblioteca.

También durante la Reconquista en la península ibérica, las Cruzadas en Tierra Santa y otras épicas (y a veces no tanto) incursiones y guerras por la fe, se destruyeron ingentes cantidades de patrimonio, arte y obras. Tras el ascenso al poder de Almanzor, se realizó una quema de libros de la Gran Biblioteca de Córdoba frente al alcázar andalusí. Era el año 979 y el califa seguía los postulados de los ulemas (estudiosos del islam y la sharía, el código de

conducta islámico) malikíes por no seguir la ortodoxia coránica, iniciando un declive que culminaría con la futura guerra de Al-Ándalus o guerra civil andalusí, entre 1009 y 1031, cuando se produce el colapso del califato y el surgimiento de los reinos de taifas.

Los ejemplos son innumerables: la biblioteca imperial de Constantinopla, la biblioteca de Trípoli, la Madraza de Granada... y ya en tiempos recientes, la Biblioteca Nacional de Sarajevo, en agosto de 1992, y más de un millón de libros de la Biblioteca Nacional de Irak durante la invasión llevada a cabo por una coalición de países encabezada por tropas estadounidenses y británicas en 2003.

La biblioclastia desencadenada durante el ascenso de los totalitarismos en el siglo xx merece capítulo aparte y la dejaremos para el final de este libro, junto a la situación de la censura y la prohibición de libros en la actualidad, pero veamos cuándo comenzó de forma abierta la «cultura» de la destrucción del saber y el borrado de la memoria en la era contemporánea.

El 10 de mayo de 1933, en la Bebelplatz de Berlín, ya caída la noche, una muchedumbre enfervorecida asistía a un acto de gran simbolismo: cientos de nacionalsocialistas, la mayoría pertenecientes a las SA, las tropas de asalto, pero también miembros de la cada vez más poderosa SS comandada por Heinrich Himmler, procedían a la quema de unos 40.000 volúmenes de autores considerados malditos por el régimen de la esvástica. Como si los tiempos de la Inquisición regresaran, las llamas reducían a cenizas obras de autores como Karl Marx, Gustav Meyrink, Bertolt Brecht, Sigmund Freud, Upton Sinclair o Stefan Zweig, entre otros muchos.

Precisamente este último, el brillante escritor austríaco, huyó a Persépolis (Brasil), junto a su esposa, de las garras del Tercer Reich. Allí, el 22 de febrero de 1942, tras la caída de Singapur, convencidos ambos de que el nazismo se extendería por todo el mundo de forma inexorable, se suicidaron. Una trágica noticia para la cultura que tanto odiaban algunos de los esbirros de Hitler. Zweig dejó escrito como nota de despedida: «Creo que es mejor finalizar en un buen momento y de pie una vida en la cual la labor intelectual significó el gozo más puro y la libertad personal, el bien máspreciado de la Tierra».

El encargado de realizar las denominadas «listas negras» de obras que se debían quemar, que evocaban al inefable *Índice de*

libros prohibidos inquisitorial, fue el bibliotecario berlinés doctor Wolfgang Herrmann. Mientras el reflejo de gran parte de la historia cultural europea ardía, los nazis desfilaban con ritmo marcial a la luz de las hogueras y de las antorchas, entonando sus siniestros cánticos patrióticos. Una jornada para la ignominia.

Los libros del poeta alemán Heinrich Heine, el profeta también germano Matthias Stormberger, el historiador suizo Jacob Burckhardt y otros muchos ardieron al son de los tambores de las Tropas de Asalto y las Juventudes Hitlerianas, cuyos integrantes, enfervorizados, entonaban canciones patrióticas o himnos nazis como el Horst Wessel (*Die Fahne Hoch*), sabedores de que se habían hecho con el poder absoluto.